

EPISODIOS DE LA VIDA DEL CORONEL DON LUIS CARRERA VERDUGO

Por Emilio Alemparte

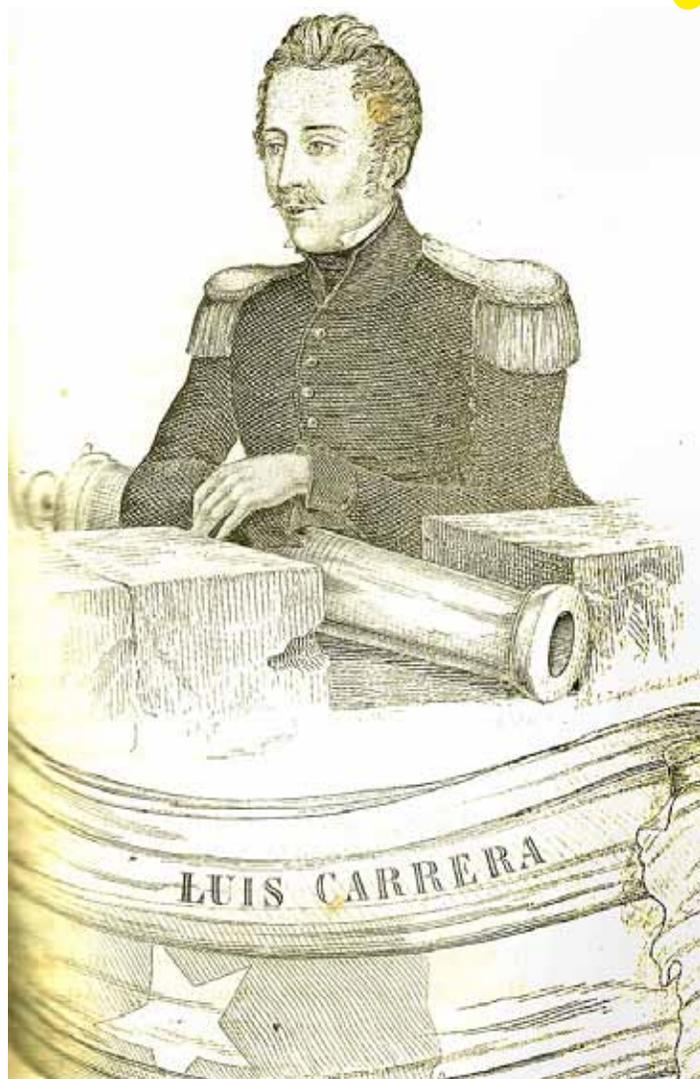
I – INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Luis Florentino fue el menor de los hijos nacidos al matrimonio del coronel de los Reales Ejércitos, don Ignacio de la Carrera y Cuevas, y de doña Paula Verdugo Fernández de Valdivieso y Herrera. De los siete hijos mencionados, los tres mayores; Juan Ignacio, María Juana y José Ignacio, fallecieron durante la infancia. Los cuatro hermanos que alcanzaron la edad adulta, fueron: Francisca Javiera Eudocia (1781-1862), Juan José Pedro (1782-1818), José Miguel Marcos del Carmen (1785-1821) y Luis Florentino Juan Manuel (1791-1818).

Al igual que sus hermanos, Luis creció en un hogar aristocrático y rodeado de una cultura superior a los estándares de la época. Su madre, doña Paula Verdugo, dominaba los idiomas español y latín y, posiblemente, un tercero. Tanto él como sus hermanos recibieron una educación esmerada, al punto que doña Francisca Javiera, con solo doce años de edad, ya oficiaba de secretaria de su padre, en los cargos que éste ejercía.

En el caso de los hijos hombres, ésta educación fue complementada por el ingreso al Convictorio Carolino y, siguiendo con la tradición familiar, fueron, a temprana edad, investidos como cadetes del Regimiento de Milicias de Caballería del Príncipe, cuyo comandante era su padre.

Luis tenía solo 14 años cuando fallece tempranamente doña





Paula; duro golpe que afectó a toda la familia y, en especial a él, que por ser el menor de los hijos, recibía de ella una especial atención. Su hermana Javiera, 10 años mayor y aun cuando se encontraba casada, debió hacerse cargo de ambas familias y continuó la obra de su madre, apoyando también a don Ignacio, quien había quedado agobiado de dolor ante la pérdida de su querida esposa.

Luís Carrera, “Luchito” como lo llamaba su hermana, se formó compenetrado en la disciplina y en la rectitud de su padre, el ejemplo de sus ancestros, y en el amor a los valores cristianos transmitidos por su familia, en especial su madre y su hermana Francisca Javiera.

Sabido es el comportamiento personal y militar que siempre tuvo el prócer. Durante toda su vida pública y privada, y nunca desmintió ni el orgullo de su origen, ni la altivez y pundonor que siempre observó, desde su temprana juventud, en todos sus actos.

Su comportamiento durante el período de la Patria Vieja, así como con posterioridad, durante su exilio en Argentina, demuestra sin lugar a dudas el temple y el empuje que adornaban su espíritu. Es así como en las diversas acciones

militares en las que le correspondió intervenir, siempre se destacó por la audacia de los desplazamientos y la decisión e intrepidez que imprimiera a los cuerpos armados que le correspondió comandar; además de la caballería y gentileza que exhibiera para con sus subalternos, e incluso con los vencidos.

II – PRIMEROS PASOS EN POLITICA

Su primera actuación pública la realizó a muy temprana edad y su actuación fue decisiva en la caída del Gobernador Carrasco y en la posterior creación de la Junta de Gobierno de 1810.

En la tarde del 25 de Mayo de 1810, se encontraban reunidos en casa de don José Antonio Rojas, ubicada en la antigua plazoleta del Teatro Municipal; los señores Juan Antonio Ovalle, Bernardo de Vera y Pintado, José Miguel Infante y José María Infante, su primo. Esta residencia era frecuentada por los personajes de ideas más avanzadas de su época.

En un momento dado, los parientes Infante tuvieron la suerte de retirarse del lugar pues, al poco tiempo, se presentó un destacamento de soldados enviados por el gobernador

García Carrasco, con la orden arrestar a los concurrentes bajo la sospecha de insurgencia. Este hecho paso a ser conocido como **“La Conspiración de los Tres Antonios”**. Estos conocidos y respetados personajes, fueron conducidos a Valparaíso y embarcos para ser enviados al Callao, salvándose solo Vera y Pintado quien, por estar enfermo, quedó bajo arresto en el puerto.

Sin embargo, el incidente no quedó ahí. Mes y medio después, apareció muy temprano en la Plaza de Armas, una asamblea de más de doscientas personas respetables de Santiago, a los cuales se fueron reuniendo transeúntes y curiosos que doblaron esa cifra; y solicitaron a las autoridades citar a un Cabildo Abierto a fin de analizar la situación de los detenidos, por tratarse de ciudadanos notables, que sufrían una injusta prisión. El Gobernador García Carrasco había accedido anteriormente a revisar el caso pero, hasta ese momento, todo se mantenía igual.

El intenso debate del Cabildo duró dos horas, al final de los cuales, se comisionó a don Agustín Eyzaguirre y a don José Gregorio Argomedo, para que concurrieran al despacho del Gobernador y que éste explicara por que había faltado a su palabra. En un comienzo, Carrasco se mostró despectivo y altanero pero, poco a poco, su actitud fue cambiando y aceptó concurrir a la Audiencia para contestar los cargos que se le hacían, que eran varios, pues también incluían su participación en el turbio incidente del asesinato del capitán de la nave “Scorpio” y el cargamento de contrabando que éste traía.

En esa asamblea, Argomedo lo enfrentó valientemente diciendo: **“En la plaza hay dos mil hombres decididos a hacer respetar los derechos que represento y defendiendo”**.

En ese momento, García Carrasco iba a responder en la forma altanera acostumbrada, cuando don Luís Carrera, entonces un joven de 19 años que participaba activamente en la asamblea y se encontraba en la primera fila, avanzó hacia el Gobernador y, abriendo su capa, mostró las dos pistolas que llevaba al cinto. Ante el asombro de aquel, le dijo: **“Y todos vienen armados como yo”**.

La decidida actitud de Luís Carrera y la advertencia que implicaba su acción, bastó para que García Carrasco terminara por aceptar solemnemente y bajo palabra de honor, todo lo que antes había negado. Los prisioneros fueron liberados; al poco tiempo el Gobernador presentó su renuncia y, el 18 de Septiembre de 1810, se reunía la primera Junta de Gobierno, en la cual don Ignacio de la Carrera participaba como vocal.

III – JOSE MIGUEL CARRERA ENTRA EN ESCENA

El 25 de Julio de 1811, llega desde España su hermano, el sargento mayor don José Miguel Carrera, de distinguida actuación en la guerra de la independencia de ese país, en su lucha contra la invasión napoleónica; y encuentra a Luís, de 20 años, ejerciendo el grado de capitán de artillería.

El 4 de Septiembre de 1811, don José Miguel encabeza el alzamiento cívico militar que reemplazó a la Junta de Gobierno, por otra encabezada por el clan de los 800 Larrain; la que prometía ser mas favorable a efectuar los cambios estructurales necesarios para un gradual progreso hacia la emancipación. Los granaderos, comandados por Juan José Carrera, y el regimiento de artillería de Luís, fueron factores decisivos para lograr este propósito.

La nueva Junta no respondió a las expectativas esperadas por los patriotas de ideas avanzadas. El nepotismo fue flagrante y el descontento popular creció rápidamente. Muchos de los agraviados por los despidos masivos en la administración pública, para favorecer a los miembros del clan, y aquellos que no veían acciones importantes de la Junta; se acercaron a la familia Carrera, pidiéndoles una actuación decidida ante esas circunstancias.

El 13 de Noviembre de 1811, don José Miguel y sus hermanos se ponen al frente de un nuevo pronunciamiento cívico militar y desplazan a la Junta de los Larrain. Dos días después, don José Miguel es nombrado presidente de la tercera Junta de Gobierno y comienza el fructífero año de 1812, durante el cual se fundan las bases de la futura republica de Chile,

Cabe destacar aquí el ascendiente que Luís Carrera ejerció sobre sus compañeros de armas en ambas ocasiones, ya que siendo solo un joven capitán, logró comprometer la actuación de su regimiento, convenciendo incluso a oficiales superiores. Al poco tiempo, se convertiría también, en el principal asesor y brazo derecho de su hermano en la Junta de Gobierno.

IV – LUIS CARRERA Y SUS DOTES MILITARES Y POLITICAS

En 1813, a los 22 años y ya con el grado de coronel, comandó la tercera división del ejército patriota ante la invasión realista del brigadier Pareja, distinguiéndose como un jefe de innata capacidad para conducir, con su ejemplo, las tropas al combate. A pesar de su corta edad, supo ganar la confianza

y el respeto de sus subordinados, e imponer su liderazgo.

Después de ser levantado el sitio de la ciudad de Chillán, su hermano José Miguel fue destituido del cargo de comandante en jefe del ejército, asumiendo en su reemplazo el brigadier Bernardo O'Higgins. El y su hermano Luí caen prisioneros en una emboscada de los realistas y son trasladados a dicha ciudad. Estando en esa situación, se enteran de la firma del ignominioso Tratado de Lircay, que retrotraía la situación política de Chile, a la existente con anterioridad a la Primera Junta de Gobierno.

Poco tiempo después, logran escapar y se dirigen a Santiago. En el camino se enteran de una orden de arresto contra ambos, expedida por el gobierno presidido por Francisco de la Lastra y Ureta, principal gestor de dicho Tratado; que fue refrendado, entre otros, por el general O'Higgins y por el brigadier Juan Mackenna. Los hermanos se refugian en su hacienda de San Miguel de El Monte, donde toman contacto con líderes patriotas, indignados por lo que se consideró como un crimen de lesa patria.

En la madrugada del 23 de Julio de 1814, se subleva la guarnición de Santiago y, a las ordenes de don José Miguel Carrera, acompañado por alrededor de 300 civiles, se presenta al palacio de gobierno, destituye a de la Lastra y asume el mando del poder supremo.

El general O'Higgins, Comandante en Jefe del ejército patriota, avanza con sus fuerzas al norte, amenazando la capital. José Miguel Carrera, ocupado en la reorganización del gobierno y en formar una fuerza opositora para enfrentar a O'Higgins y al ejército del brigadier Gabino Gainza, que avanzaba en pos de aquel; entrega el mando de la defensa a su hermano, don Luí Carrera.

Este prepara febrilmente los reductos donde se establecerán sus tropas. La línea de defensa aprovecha los desmontes dejados por la construcción del canal de Ochagavía, al pie del sector sur de cerro Chena, en las actuales comunas de San Bernardo y Calera de Tango.

V – LA BATALLA DE LAS TRES ACEQUIAS

El 26 de Agosto de 1814, se produce el encuentro de ambas fuerzas en lo que ha pasado a llamarse *la batalla de Las Tres Acequias*. Este hecho de armas casi desconocido, ha sido tergiversado e ignorado intencionalmente por casi la mayoría de nuestros historiadores.

El general O'Higgins avanza con la división de vanguardia

confiado en la superioridad de sus tropas. Sin embargo, es contenido por la disposición táctica de Luí Carrera. Al cabo de unas horas, las fuerzas atacantes empiezan a retirarse y en esos momentos, la caballería, que había sido mantenida como reserva en la retaguardia, efectúa una carga con don José Miguel a la cabeza; que cae como una inmensa ola sobre el flanco del enemigo en retirada, destrozando y dispersando sus formaciones. En el campo queda toda la artillería, el bagaje, alrededor de 40 muertos, y más de 400 prisioneros. La derrota de la división de O'Higgins, había sido completa y decisiva.

Don Luí no quiso prolongar la persecución de los derrotados mas allá del río Maipo. Más le preocupó la suerte de sus propios soldados, pues estaba anocheciendo y podían caer en una emboscada de sus enemigos. Además, tanto él como don José Miguel, sabían que el verdadero enemigo venía acercándose con fuerzas muy superiores, en forma inexorable y que esta lucha entre patriotas, debía cesar inmediatamente. José Miguel Carrera tomo la iniciativa y después de ocho días de negociaciones con O'Higgins, se logra la reconciliación de ambos próceres.

VI – RANCAGUA Y EL FIN DE LA PATRIA VIEJA

Llega el aciago día primero de Octubre de 1814. Dos divisiones patriotas comandadas por el general O'Higgins y por el brigadier Juan José Carrera, respectivamente, se encuentran encerradas en Rancagua y rodeadas por el fuego de los incendios ordenados por el jefe realista, Mariano Osorio.

Al día siguiente, la tercera división **al mando de Luí Carrera**, ataca a las 10 de la mañana tratando de romper el cerco realista. Sus 900 hombres, 700 de los cuales pertenecen a milicias de caballería, poco adecuadas y mal armadas para una lucha en ciudad; se enfrentan a las fuerzas del coronel Quintanilla, compuestas por 1800 aguerridos veteranos, en la Alameda de Rancagua. Después de tres horas de incesante combate, faltos de municiones y sin lograr que los sitiados pudiesen efectuar una salida para reunírseles, deben retirarse. La Patria Vieja había caído sepultada entre los escombros de la heroica ciudad.

VII – SE INICIA EL EXODO PATRIOTA

¡Mendoza! Ciudad fatídica para los hermanos Carrera. El hostigamiento comienza aun antes de entrar en ella. San Martín, gobernador de la Provincia de Cuyo, es predispuerto en su contra por desterrados como Juan Martínez de Rozas,



Don Juan José Carrera

y Juan Mackenna; especialmente este último, que ya había sido retado a duelo en Chile, en dos oportunidades por Juan José y por Luís Carrera, lances que nunca pudieron concretarse por oportunas “filtraciones” a las autoridades.

El sagaz general argentino, que a su vez es el jefe de la Logia Lautarina, a la cual no perteneció ninguno de los hermanos Carrera; sabe que don José Miguel jamás aceptará una comisión bajo sus órdenes. El carácter de don Bernardo O’Higgins, se adapta mucho mejor a sus planes futuros.

Ordena desarmar el pequeño contingente de alrededor de 500 soldados que restan del ejército patriota y hace arrestar a los tres hermanos. Juan José es confinado en el poblado de San Luís. José Miguel, su esposa Mercedes y su hermana Javiera, son enviados a Buenos Aires bajo custodia militar.

VIII – MUERTE DEL BRIGADIER JUAN MACKENNA

Luís Carrera, a quien San Martín había permitido viajar con anterioridad a Buenos Aires, capital de las Provincias Unidas

de La Plata, para representar el caso de don José Miguel ante el gobernador Pueyrredón; se vio envuelto en un trágico acontecimiento, que le costó más de dos meses de cárcel.

Por esas coincidencias del destino, tocó a don Luís ser vecino del brigadier Juan Mackenna, acérrimo enemigo de los Carrera, y a quien ya había retado a duelo anteriormente en Chile. Mackenna había continuado en esa ciudad su obra de desprestigio ante el gobierno de La Plata. Esto, sumado a las intrigas anteriores del irlandés en ambos lados de los Andes, movió a don Luís a retarlo a duelo por segunda vez.

En esta oportunidad, Mackenna aceptó el desafío y acordaron encontrarse a la medianoche del **21 de Noviembre de 1814**, en el lugar denominado Bajo de la Residencia, a orillas del riachuelo de Barrancas.

Don Juan llegó acompañado por el comandante Pablo Vargas, que le serviría de padrino. Don Luís lo esperaba acompañado por el capitán estadounidense Tomás Taylor, quien oficiaba de padrino de Carrera, y por el médico Carlos Hamphord, en su calidad profesional y como testigo.

Al disiparse el humo del primer intercambio de disparos, ambos contendores aparecieron de pie. El médico presente los instó a terminar el lance en ese momento, argumentando que se había puesto a salvo el honor de ambos. Luís Carrera aceptó suspenderlo, siempre y cuando don Juan se desdijera públicamente de las ofensas proferidas contra él y a su familia. Como se sabe, este ofrecimiento fue rechazado despectivamente por Mackenna, afirmando que **“si fuese necesario, me batiría con UD. un día entero”**; a lo que Carrera respondió: **“y yo me batiría dos”**.

Después de efectuarse la segunda salva de disparos, don Juan Mackenna quedó tendido en el suelo. La bala le destrozó el pulgar de la mano derecha y, siguiendo la trayectoria del brazo, se alojó en su cuello, del cual manaba la sangre a borbotones. Don Luís se acercó al caído y caballerosamente, estrechó la mano del herido, que ya agonizaba, en un gesto de reconciliación.

Estando los lances de honor prohibidos por la ley rioplatense, don Luís fue instado por los presentes a abandonar inmediatamente el lugar; a lo que Carrera respondió: **“no puedo dejarlo botado aquí. Mucho mal hizo a mi familia, pero tampoco puedo olvidar que fue un brigadier del ejército de Chile”**.

Los restos mortales fueron transportados secretamente

y a la mañana siguiente, su cadáver apareció frente al Ayuntamiento, cubierto con su capote militar. Don Luís fue arrestado y, como se ha dicho, pasó más de dos meses en la cárcel, esperando el juicio. Solo fue salvado por la oportuna llegada del general Carlos María Alvear, vencedor en el sitio de Montevideo y amigo de don José Miguel Carrera desde que ambos eran oficiales del ejército español, en su lucha contra la invasión de Napoleón Bonaparte.

IX – EL INCIDENTE DEL TEATRO

En 1815, se produjo otro incidente, casi tragicómico, que tuvo como protagonista a don Luís Carrera; esta vez en el único teatro que existía en Buenos Aires en esos días.

Don Luís se encontraba sentado bajo el lujoso palco de una conocida familia de la capital del Plata, con niños de corta edad que hacían ruido y jugaban en continuo movimiento, como es propio de su edad. En medio de esos jugos, un niño de unos 3 o 4 años, perdió el equilibrio y cayó hacia la platea. Carrera, que en esos momentos los observaba, saltó de su asiento y alcanzó a recibirlo en sus brazos, salvándolo de caer al piso o sobre otro asiento ocupado. Desgraciadamente al hacerlo, pisó con fuerza a un caballero que se sentaba a su lado, el que reaccionó violentamente al dolor, gritándole a Carrera *“badulaque”*; sin percatarse bien de la buena obra de don Luís quien, en esos momentos, subía sobre su asiento y entregaba el niño a su padre.

Bajando del asiento, Carrera le pregunta: *“¿a quien se dirige usted?”*;... *“¿a usted por impolítico!”*, fue la inmediata respuesta del caballero. Sin pensarlo dos veces, don Luís le aplicó una sonora palmada a mano abierta en la cara. Todo esto pasó tan rápidamente, que la gran mayoría del público asistente, cuya atención estaba fija en la obra que se estaba representando, solo alcanzó a ver la última parte del incidente y se volvió amenazante en contra del “agresor”.

Algunos de entre los asistentes, lo identificaron como Luís Carrera y lanzaronle improperios recordando la muerte de Mackenna y la falta de lealtad que en algunos círculos le imputaban, injustamente, en dicha muerte. Esto, sumado al hecho de que el ofendido era argentino, aumentó el tumulto. Al calmarse los gritos, la función continuó.

Al terminar la obra, don Luís esperó en su asiento a que se desocupara la platea antes de salir, pero la gente permaneció sentada en espera de lo que iba a ocurrir.

Levantándose, se dirigió a la única puerta de salida, pero

alguien alertó al piquete de guardia, indicándole: *“¡ese es el sujeto!”*. Carrera, con ambas manos en los bolsillos de los pantalones y con un ademán de extraer armas, les dijo: *“¿quien me sujeta?”*. En esos momentos, el padre del niño salvado por don Luís, explicó en los diferentes corrillos, lo que en realidad había sucedido. El público empezó a calmarse y a volcarse a favor de Carrera. El mayor Ramírez, jefe de la guardia, dijo entonces: *“Señor Carrera; si usted da su palabra de presentarse mañana a mediodía en la comandancia de armas, puede retirarse sin ningún inconveniente”*. Don Luís así lo hizo.

Al día siguiente, a las 12:00 horas, se presentó puntualmente a la citación. Allí lo esperaban el agraviado de la noche anterior y el padre del niño, junto con el pequeño, que portaba en sus manos un ramo de flores. Acercándose a su salvador, se lo entregó con un mensaje de agradecimiento de su madre. Por su parte, después de una corta discusión, ofensor y ofendido estrecharon sus manos y todo se arregló amistosamente. El Juez ordenó a ambos contendores, abstenerse de ir al teatro por un mes, para que el incidente quedara definitivamente olvidado.

X – LOS PADECIMIENTOS DEL EXILIO

Los años que siguieron fueron de enormes sacrificios, humillaciones y persecuciones para la familia Carrera. Los exiguos caudales que llevaron a Argentina, se agotaron rápidamente. Para ganar su sustento, doña Javiera y sus cuñadas, Mercedes Fontecilla y Ana María Cotapos, debieron dedicarse a cocinar y dar pensión a muchos de los emigrados chilenos afines a la familia. Mientras tanto, Juan José y Luís Carrera, fabricaban cirios y pintaban naipes de juego con el mismo objeto. No obstante, la familia supo mantener su preponderancia entre esos emigrados, que veían la firmeza de carácter y determinación de aquellos.

La casa de los Carrera se convirtió en el lugar de reunión de todos los emigrados chilenos, pero las tertulias de doña Javiera eran miradas con gran desconfianza por el gobernador Pueyrredón, que a su vez era el jefe de la **sociedad secreta Lautaro** en La Plata; quien mantuvo una constante vigilancia de esa casa.

El viaje de don José Miguel a Norte América es todo un éxito, más a su arribo a Buenos Aires y tras exponer los objetivos de su expedición al gobierno de La Plata; las naves, armas y equipos que lo acompañaban, son arbitrariamente requisados y el mismo es apresado en un barco surto en el río. Logra

escapar de su prisión y debe refugiarse en Montevideo, bajo la protección del general portugués Lecor.

La situación de la familia cae a su punto mas bajo. La obra solapada de los Lautarinos, se manifiesta en un aumento del hostigamiento a todos sus miembros. Las gobernadores de La Plata, Cuyo y Chile son miembros de esa sociedad secreta, que impedirá por todos los medios a su alcance, la intervención de los Carrera en la emancipación de Chile y de América; como los hechos demostrarían mas adelante.

Desde Montevideo, don José Miguel emprende una violenta campaña de prensa, denunciando los planes de dominación territorial y los siniestros métodos y procedimientos que emplea esa (mal llamada) Logia, para lograr sus objetivos.

Cabe aquí hacer un paréntesis para señalar que la sociedad secreta Lautaro, aunque utilizaba rituales masónicos y había algunos masones dentro de su nómina, nunca fue reconocida como Logia, bajo ningún rito, por la masonería internacional.

XI - UN PLAN QUIMERICO

Mientras tanto en Buenos Aires, Javiera, Juan José y Luís Carrera; ante la situación ya insostenible en la que se encuentran por tanto tiempo, viven desesperados por la inacción a la que están sometidos y a la que no ven un fin. Juan José añora a su querida Ana María, que había regresado a Chile el año anterior a buscar refugio entre su influyente familia. Lo único que el anhela, es ir a reunirse con su amada esposa y para lograrlo, debe vencer primero a sus opositores.

Por su parte, don Luís, un joven hombre de acción, no soporta el estado de estancamiento en que se encuentran y se impacienta y desespera ante la inacción a la que se ven sometidos. Poco a poco, una idea empieza a germinar en sus mentes y, junto con Javiera, comienzan a urdir un plan absurdo, casi quijotesco, para regresar a su patria.

Cuentan en su sueño, con los numerosos partidarios del bando carrerino esparcidos entre Concepción al sur y Coquimbo en el norte, compuesto por familias poderosas que

La Batalla de Rancagua, por Pedro Subercaseaux



podrían contribuir con hombres y dinero. También existen numerosos ex combatientes que habían servido en el ejército comandado por José Miguel y que se unirían gustosos a la lucha bajo la bandera de la Patria Vieja. Contaban con el aporte de \$ 4,000 que prometía Ana María Cotapos y otro de \$ 15,000, en poder de don Nicolás de la Cerda, entregados en depósito por doña Javiera, a raíz de la venta de una casa en Santiago.

Saben que su primer escollo es traspasar la cordillera de los Andes. Los pasos se encuentran vigilados por los hombres de San Martín, cuyo ejército había traspasado los Andes a principios de 1817, triunfado sobre los realistas en la batalla de Chacabuco y recuperado Santiago. Sin embargo, intentarían burlarlos y llegar hasta la hacienda San Miguel, la que sería el punto de reunión y su base de sus operaciones.

Todo se organizó en forma apresurada. Benjamín Vicuña Mackenna relata: *“Los verdaderos conjurados eran solo doce, y debían hacer una travesía de 300 leguas para volver a reunirse en el punto de cita convenido”*.

En otro párrafo, Vicuña Mackenna relata el plan de acción de los conjurados: *“se proponían armar en la vecindad de Santiago dos partidas de hombres resueltos; y, capitaneados éstos por ambos, caer Luís sobre O’Higgins y Juan José apoderarse de San Martín. Conducir a éstos a las serranías inmediatas a Alhué, hacerlos firmar su propia deposición del gobierno y del ejército y, una vez desarmados, desterrar al general chileno a su hacienda Las Canteras y juzgar militarmente al caudillo argentino por un consejo de guerra”*.

Es fácil explicarse esa maraña de sueños quiméricos que urdieron los tres hermanos, conociendo la situación desesperada en la que se encontraban. Aun así, no lo es el comprender como pretendían enfrentar a un ejército de 4,000 veteranos bien armados, compuesto en su inmensa mayoría por oficiales y soldados argentinos, cuya fidelidad a San Martín era absoluta.

XII – UN VIAJE SIN RETORNO

Todo se organizó en forma apresurada. Viajarían en grupos de dos o tres personas y en diferentes fechas. Los primeros en hacerlo, a principios de Junio de 1817, serían tres oficiales estadounidenses venidos en la expedición de José Miguel: Kennedy, Eldredge y Jewett; los que intentarían tomar servicio a las órdenes de San Martín y sondearían el ambiente dentro de su ejército. El 25 del mismo mes, éstos fueron apresados en su escondite de San Miguel.



A mediados de Julio lo hicieron Rafael de la Sota y Manuel Lastra, uniéndose a una tropa de carretas. Días después los siguió don Luís Carrera, disfrazado como mozo de un oficial chileno de apellido Cárdenas, bajo en nombre de Leandro Barra; tomando el camino de Córdoba, La Rioja y San Juan. En este lugar se separaron y don Luís se dirigió a Mendoza. Cárdenas fue aprehendido en San Juan y al ser interrogado, confesó toda la trama del complot.

Don Luís fue arrestado al llegar a Mendoza. Las declaraciones del traidor Cárdenas, aumentadas con lo que sus captores le impusieron, sirvieron posteriormente para sustentar el juicio en contra de los dos hermanos.

Por último, Juan José Carrera lo hizo el 8 de Agosto, bajo el nombre de Narciso Méndez, como compañero de un comerciante chileno que regresaba a Santiago. Debido a las declaraciones del traidor, Juan José fue arrestado el 20 de Agosto de 1817, en la posta de Barranquitas, donde lo esperaba un destacamento enviado por el gobernador de San Luís, para ser posteriormente conducido a Mendoza.



Don Luis Carrera Verdugo

En aquella ciudad, los hermanos permanecieron engrillados, en aislamiento y en celdas separadas, sin ser sometidos a juicio por más de siete meses y en esas condiciones infrahumanas; y cuando este se produjo, el espurio juicio duró solo un par de días, después de los cuales fueron fusilados en menos de 24 horas.

Transcribimos, el fragmento pertinente de una siniestra carta enviada en 27 de Agosto de 1817, por Bernardo O'Higgins al general San Martín, en la cual le expresa lo siguiente: ***“Los imponderables males que hemos sufrido todos, han tenido su origen en las ambiciosas miras de estos jóvenes audaces. Su existencia es incompatible con la seguridad, buen éxito y tranquilidad del estado, y ya no es posible tolerarlos mas tiempo. Es de rigurosa justicia un ejemplar castigo en ellos y en todos los demás que hayan cooperado a sus detestables designios”.***

Es importante destacar que los autores del complot, Luis y Juan José Carrera, **jamás tuvieron la intención de asesinar, o de hacer ejecutar, al general O'Higgins y tampoco al general San Martín.** Sin embargo, este contraste de

actitudes, con la carta arriba mencionada, es evidente. Basta con recordar el destierro al que fue condenado Juan Mackenna y sus cómplices, después del complot para asesinar a los tres hermanos Carrera; o la generosidad de don José Miguel para con O'Higgins, después de la batalla de las Tres Acequias; y el contraste se hace aun mas evidente.

Si bien es cierto que la conspiración de los primeros puede ser considerada como un acto de alta gravedad; una pena de extrañamiento, con prohibición de regresar, habría sido más adecuada al delito cometido. Debe destacarse también el hecho de que nunca en su vida, o mientras ejercieron poder; ninguno de los hermanos Carrera condenó a nadie a la pena de muerte y que si efectivamente quitaron la vida a alguien, fue en combate leal o en un duelo frente a frente, en igualdad de condiciones.

Don José Miguel, refugiado en Montevideo, ignoraba lo que se estaba fraguando en Buenos Aires. Al enterarse, poco tiempo antes de la descabellada partida a Chile, escribe a su hermana Javiera, diciéndole: ***“Mis hermanos se pierden. No son hombres para estas empresas. No tienen ni discreción ni recursos, ni es esta la época adecuada”.***

XIII – LA PRISION DE MENDOZA

Durante los largos meses de prisión en Mendoza, los dos hermanos solo pudieron comunicarse entre si, mediante el soborno de un guardia. El 26 de Diciembre, cinco meses después de su captura, se notificó recién a los prisioneros que debían nombrar un apoderado en Chile, para que los representara en un proceso ahí iniciado. Para tales efectos, designaron a su pariente, don Manuel Araos, quien inició estériles esfuerzos para apurar el proceso e iniciar la defensa. Pero, eso no era todo; otros juicios se iniciaban en Cuyo y Buenos Aires, por la misma causa. Las apelaciones del señor Araos eran ignoradas por las autoridades. Se dirigió al Director O'Higgins, solicitando el destierro de los prisioneros bajo la garantía de fuertes fianzas. No hubo respuesta.

En esos días, llegaron en la fragata “Congreso” a Buenos Aires, varios delegados representando al gobierno de los Estados Unidos, los que ofrecieron embarcar a los jóvenes prisioneros en dicha nave, con el compromiso de no dejarlos regresar a su país mientras su presencia fuese considerada peligrosa para las autoridades.

Nada de lo anterior surtió efecto alguno. Muy por el contrario, el 20 de Enero de 1818, San Martín escribe al jefe de los guardias de la prisión, el siguiente mensaje: ***“Redoble US.***



su infatigable vigilancia por la seguridad de los Carrera, pues se me repiten los avisos de que se trata con empeño de promover su fuga”.

Vicuña Mackenna describe esos momentos de la siguiente forma: *“El gobernador de Cuyo (Luzuriaga) interpretaba estas ordenes en su rol de carcelero, y nuevos grillos, privaciones mas crueles, vejámenes insoportables, eran destinados para los desgraciados reos. Ya no existía dolor físico ni moral que nos les hubiera agobiado en su cautiverio...la muerte comenzaba ya a parecerles como un sueño bienhechor”.*

Los espías de San Martín no se equivocaban. En la guardia se encontraba un soldado chileno de nombre Manuel Solís, que junto a otros seis compañeros, intentó un plan para facilitar la fuga de los prisioneros. El plan fue descubierto inmediatamente y el gobernador Luzuriaga se presentó en persona a la prisión, desarmó a la guardia y la reemplazó por otra de su confianza. Desde ese momento redobló la vigilancia, nuevos grillos cargaron sus entumecidos miembros y los vejámenes se hicieron aun más crueles.

XIV – EL MOMENTO SUPREMO

Nada había ya que hacer. El odio y el temor habían sellado

mucho antes el destino de los prisioneros.

El 6 de Marzo de 1818, Luzuriaga hizo comparecer a Luís Carrera para escuchar su declaración e iniciar el juicio. Don Luís conservaba su entereza y generosidad. Al iniciarse el interrogatorio, declaró que *“este proyecto era puramente suyo y que su hermano Juan José no había tenido mas parte en el, que no haber revelado el secreto y que el era opuesto a estas ideas”.*

De nada valió la débil defensa presentada por el defensor de los hermanos, Manuel Vázquez de Novoa en este juicio espurio en el que todos sabían cual sería el resultado. Durante todo el proceso, don Luís se mantuvo sereno y altivo. Juan José alternaba sus estados de ánimo entre momentos de terrible depresión al recordar a su amada esposa, a la que nunca volvería a ver; pasando por otros momentos de esperanza de un indulto quimérico, y terminando en la violenta rebelión de quien sabe cual será su destino.

El 6 de Abril empiezan a llegar los emigrados del desastre de Cancha Rayada y el pánico cunde en Mendoza. Aquel mismo día, Luzuriaga convocó a un cabildo en el cual, el procurador de la ciudad, Pedro Nolasco Videla, solicitó el término de los procesos y la condena a la pena capital para ambos reos. El cruel y afeminado Bernardo Monteagudo,

sonreía para sus adentros al ver que las instrucciones recibidas de los Lautarinos, se cumplían a cabalidad. La ejecución se programó para el atardecer del día 8 de Abril de 1818.

En las primeras horas de la tarde, Juan José fue bajado de su celda al patio de la cárcel. Sostenía sus numerosos grillos con una cuerda que lo ayudaba a subirlos para caminar penosamente, a pesar de lo cual aparecía sereno.

De pronto se encontró frente a su hermano Luís, también cargado de grillos, que lo miraba ansioso entre los guardias que lo custodiaban. Ambos hermanos se acercaron y se fundieron en un abrazo. Luego avanzaron, ayudándose el uno al otro, y emprendieron la lenta marcha hacia el patíbulo, que los esperaba en la plaza adyacente a la cárcel. ¡Al fin estaban juntos, después de tantos meses de separación!

Conversaban en voz baja ¿Qué cosas se habrán dicho en aquellas momentos en que marchaban juntos y del brazo?

Eran las cinco de la tarde y al salir de la cárcel, divisaron los dos banquillos y el piquete de fusileros que los esperaban impávidos, como si se encontraran formados para una parada de gala. La plaza estaba casi desierta. Los ocasionales transeúntes se detenían llenos de sorpresa ante ese inesperado espectáculo. El suplicio de los dos hermanos, tenía en todos sus detalles la precipitación de un acto alevé.

Luís Carrera, de 27 años de edad, vestía una raída levita de campaña color gris y un corbatín adornaba su cuello. Su mirada era triste y serena, aunque no exenta de la altivez que el orgullo de sus ancestros y la marcialidad militar le imponían.

Juan José vestía los también raídos restos de su uniforme de granadero. Su rostro aparecía algo contraído y fatigado, aunque se esforzaba por ocultar su desazón por la certeza de no volver a ver a su esposa, ni a su querida patria.

Luís se acercó al banquillo y se sentó serenamente a esperar la culminación de la tragedia. Juan José en cambio, rompió en un llanto de dolor e impotencia. Su ira ante lo irremediable logró romper ese momento de debilidad y también se sentó en su banquillo. Al hacerlo, gritó: **“Protesto ante Dios de mi inocencia y acuso a los asesinos que me inmolan”**.

Luís lo reconvino con las siguientes palabras: **“¡Calmémonos! Acuérdate que somos soldados chilenos y**

que debemos morir como tales”. Luego agregó en un tono cariñoso; **“¿Qué importa que sea el banquillo o el campo de batalla donde debamos morir?”** En ese instante, ambos se levantaron al mismo tiempo, como impulsados por una fuerza superior, y se fundieron en un largo y cariñoso abrazo.

Volviendo a sus respectivos banquillos, se sintieron dos descargas de fusilaría. Don Luís murió en el acto, pero Juan José sobrevivió a los impactos y gritó: **“¡Jesús! ¡...qué trabajo (cuesta morir)!”**. Luego expiró.

Los restos mortales de ambos hermanos arrojados a una fosa común en la iglesia de la Beneficencia, donde también lo fueron, en 1821, los de don José Miguel. Allí reposaron hasta 1828, año en el Presidente Francisco Antonio Pinto, los hizo repatriar, rindiéndoles honores máximos del Estado.

Junto con la prisión y muerte de sus hermanos, se acentúa el hostigamiento a doña Javiera y a don José Miguel. Ella es arrestada y enviada a un fuerte del ejército. En 1823, regresa a Chile después de la destitución del general O’Higgins.

Por su parte, el gobernador de Montevideo, general Lecor, recibe fuertes presiones de los gobiernos de Chile, de Cuyo y de La Plata; para expulsar de su territorio a su amigo, don José Miguel, y después de resistirlas hasta don de pudo, se vio en la penosa obligación de hacerlo.

Don José Miguel, sin mas recursos que un par de pistolas, su sable y una pequeña imprenta que había podido salvar del despojo de su escuadra; se interna solitario en la pampa argentina.

Bibliografía

- **Alemparte, Julio**, “Carrera y Freire, Forjadores de la República”.
- **Campos Harriet, Fernando**, “Jose Miguel Carrera”.
- **Escudero Ortúzar, Eduardo**. Artículo publicado en la revista *Patria Vieja No. 35*, del mes de Noviembre del 2005.
- **Reyno Gutiérrez, Manuel**, “José Miguel Carrera: Su vida, Sus vicisitudes, Su época”.
- **Zapiola, José**, “Recuerdos de Treinta Años”.
- **Vicuña Mackenna, Benjamín**, “El Ostracismo de Los Carreras”.

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO

ABRIL-MAYO-JUNIO

20 de abril Reunión con don José Miguel Carrera Muñoz para organizar un homenaje patriótico el día 11 de octubre donde se realizó la Batalla de Los Papeles, en San Esteban, Los Andes. Se hicieron las gestiones en el Regimiento Yungay quienes aportarán con una banda militar y un batallón. Estas mismas gestiones se están haciendo en la Municipalidad de San Esteban y la Parroquia del mismo nombre.

21 de abril Paseo a El Monte “En la Ruta de Los Carrera”. Un centenar de personas entre socios y alumnos de los Institutos Bicentenario de San Antonio e Instituto Nacional de Santiago recorrieron la Viña Javiera Carrera y las inmediaciones del pueblo de El Monte.

3 de mayo Invitada por la Armada de Chile, la Señora Presidenta asiste al acto cultural “El Mar Fuente de Inspiración”, con el que esa institución da inicio a las actividades del Mes del Mar.

3 de mayo La Señora Ana María Ried se reúne con una comisión del Consejo de Monumentos Nacionales para exponerle la situación de la casa de los Carrera Pinto en Peñaflores.

7 de mayo Charla en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía sobre “LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS DE 1809 Y LOS DIPUTADOS CHILENOS EN LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA DE 1812.” Juan Guillermo Prado Ocaranza y don Gastón Fernández Montero. Asiste la Señora Presidenta, el Director Emilio Alemparte y la Directora Carmen Paz Aguayo .

8 de mayo La Señora Presidenta se reúne con la comisión Patrimonio Urbano y Arquitectónico del Consejo de Monumentos



Nacionales para exponerle la situación de la casa de los Carrera Pinto en Peñaflores.

10 de mayo Conferencia dictada por Gonzalo Rojas Sánchez y organizada por el Instituto Histórico de Chile. Asiste la Señora Presidenta y los Directores Mario Correa y Guillermo Díaz de Valdés.

17 de mayo Reunión en el Senado con el Presidente don Camilo Escalona. Asisten La Señora Ana María Ried y los Directores Agustín Ossandón, Octavio Campusano y Marta Saavedra y Emilio Alemparte.

21 de mayo Centésimo Trigésimo tercer aniversario del

Combate Naval de Iquique en la Estación Mapocho. Asisten los Directores Octavio Campusano, Marta Saavedra y Carmen Paz Aguayo.

25 de mayo Aniversario patrio de Argentina. Asiste la Señora Ana María Ried. 4 de junio

27 de mayo Día del Patrimonio. Asiste como guía la Señora Ana María Ried.

28 de mayo Entrevista de TVN a la Presidenta por el libro "De Mercedes a Cecilia, Primeras Damas." 4 de junio

29 de mayo Consejo Nacional de La Cultura. Reunión con Milena Tomic para exponerle sobre nuestros planes sobre el Bicentenario. Asisten la Presidenta y el Director Emilio Alemparte.

30 de mayo Reunión con la Directiva de REENACTE, quienes hacen recreaciones históricas y se ofrecen a colaborar con nuestro Instituto.

30 de mayo Reunión de Socios. La presiden la Presidenta y los Directores Emilio

Alemparte, Alfonso Velásquez y Carmen Paz Aguayo. En esta ocasión el socio don Anselmo Aguayo se ofreció a inscribir el nombre y el logo de nuestro Instituto como marca.

Reunión en la Embajada de Estados Unidos. Con James Williams. Asisten la Presidenta y los Directores Arturo Griffin y Agustín Ossandón.

Charla en el Club Providencia sobre Javiera Carrera dictada por la Directora Marta Saavedra. Asisten los Directores





Octavio Campusano, Emilio Alemparte y Marcelo Villalba.

8 de junio

Palacio de La Moneda. Reunión con Felipe Alessandri para exponerle planes para realizar la recreación del “Sarao del Bicentenario”. Asistieron la Presidenta y los Directores Emilio Alemparte, Agustín Ossandón y Arturo Griffin.



12 de junio

Reunión Consejo Nacional de la Cultura con don Juan Lund, tema; casa de Peñaflo. Asisten Señora Ana María Ried, el Director Agustín Ossandón y la cineasta Paola Binimelis.

13 de junio

En la reunión de Directorio del Instituto se distingue a don Alfonso Velásquez Verdugo como Director Honorario.

18 de junio

La Presidenta entrega objetos y cuadros de José Miguel Carrera que serán expuestos en la Embajada de Estados Unidos el día 6 de julio, cuando se

conmemorará la independencia de ese país.

18 de junio

Reunión con el Senador Alejandro Navarro quien desea implementar numerosas actividades como colocar bustos, acuñar monedas y celebrar los 200 años de Carrera como fundador del Senado. Asistió la Señora Presidenta y el Director Waldo Parra.

19 de junio

Charla “Vida y obra de José Miguel Carrera” en el Círculo de Oficiales en Retiro de las Fuerzas Armadas, dictada por la Señora Ana María Ried.